



BT660
G8
B42
c.1

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1891

APARICION
DE
NTRA. SRA.
DE GUADALUPE

TRADICION ESCRITA
por el Lic.
D. LUIS RECERRA TANCO.

MEXICO.

Libreria Católica de "El Tiempo"

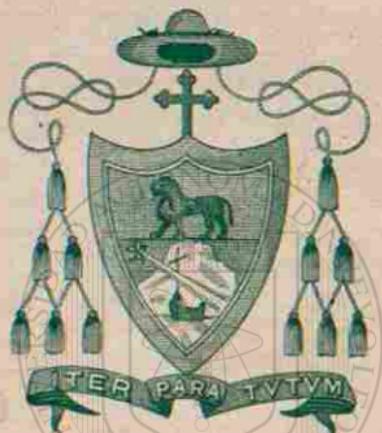
1891.

370

005370

ÓN 12199 A





EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



42499

DIRECCION
DE
CENTRAL

ADALUPE

Capilla Arzobispal
por el Lic.
B. LUIS BECERRA YANCO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
MEXICO.

Librería Católica de "El Tiempo"

1891.

EX LIBRIS
VALVERDE Y TELLEZ

BT660

98

AVIACION

ALERE FLAMM
VERITATIS



aliga

aliga

HEMET

FONDO ENTERRIO
VALVERDE Y TELLEZ

**Texto de la
relación traducida por
Tanco.**

"Tradición del milagro.—Corriendo el año del nacimiento de Cristo Señor Nuestro de 1531, y del dominio de los españoles en esta ciudad de México y su provincia de la Nueva España, cumplidos diez años y casi cuatro meses; extinguida la guerra, y habiendo comenzado en aqueste Reino el Santo Evangelio, sábado muy de mañana, antes de esclarecer la Aurora, á nueve dias del mes de Diciembre, un niño plebeyo y pobre, humilde y cándido, (1) de los recién convertidos á nuestra santa fé católica, el cual en el santo bautismo

(1) Sencillo.

003378

se llamó Juan, y por sobrenombre Diego, natural, según fama, del pueblo de Cuautitlan, distante cuatro leguas de esta ciudad hacia la parte del Norte de la Nación mexicana, y casado con una india que se llamó María Lucia, de la misma calidad que su marido, venia del pueblo en que residia (dicese haber sido el del *Tolpetlac*, en que era vecino) al templo de Santiago el Mayor, Patron de España, que es en un barrio de *Thiteloico*. Doctrina de los religiosos del Señor San Francisco, á oír la Misa de la Virgen Maria. Llegando, pues, al romper del alba, al pié de un cerro pequeño que se decia *Tepeyacac*, que significa *extremidad ó remate agudo de los cerros*, porque sobre alén á los demás montes que rodean el valle y laguna, en que yace la ciudad de México, y es el que más se le acerca; y el día de hoy

se dice de Nuestra Señora de Guadalupe, por lo que se dirá de-pues de esto: oyó el indio en la cumbre del cerrillo, y en una ceja de peñascos que se levanta sobre lo llano á orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que, según dijo, le pareció de muchedumbre y variedad de pajillos, que cantaban juntos con suavidad y armonia, respondiéndose á coro los unos á los otros con singular concierto, cuyos ecos reduplicaba y repetia el cerro alto, que se sublima sobre el montecillo; y alzando la vista al lugar, donde á su estimacion se formaba el canto, vió en él una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un hermoso Arco-Iris de diversos colores, que se formaba de los rayos de una luz y claridad excesiva que se mostraba en medio de la nube. Quedó el indio ab-sorto y como fuera de sí en un

suave arrobamiento, sin temor ni turbación alguna, sintiendo dentro de su corazón un júbilo y alborozo inexplicable, de tal suerte, que dijo entre sí: *¿Qué será esto que digo y veo? ¿adónde he sido llevado? ¿Por ventura he sido trasladado al paraíso de deleites, que llamaban nuestros mayores origen de nuestra carne, jardín de flores, ó tierra celestial oculta á los ojos de los hombres?* Estando en esta suspensión y embelesamiento, y habiendo cesado el canto, oyó que lo llamaban por su nombre Juan, con una voz como de mujer, dulce y delicada que salía de los esplendores de aquella nube, y que le decían, que se acercase: subió á toda prisa la cuestecilla del collado, habiéndose aproximado.

Primera Aparición.

Vió en medio de aquella cla-

ridad una hermosísima Señora muy semejante á la que hoy se vé en su bendita Imágen, conforme á las señas que dió el indio de palabra, ántes que se hubiera copiado, ni otro la hubiese visto: cuyo ropaje, dijo, que brillaba tanto, que hiriendo sus esplendores en los peñascos brutos que se levantan sobre la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y transparentes y las hojas de los espinos y nopales que allí nacen, pequeños y desmenuzados por la soledad del sitio, le parecieron manojos de finas esmeraldas, y sus brazos, troncos y espinos, de oro bruñido y reluciente; y hasta el suelo de un corto llano que hay en aquella cumbre, le pareció de jaspe matizado de colores diferentes; y hablándole aquella Señora con semblante apacible y halagüeño en idioma mexicano, le dijo:

—Hijo mío, Juan Diego, á quien

amo tiernamente, como á pequi niño
y ácellendo (que todo esto suena la
locución del lenguaje mexicano)
¿á donde vas?

Respondió el indio:

—Foy, noble dueño y Señora mía,
á Mexico, y al barrio de Tlatelol-
co á oír la Misa que nos muestran
los ministros de Dios y sus ritos
suos.

Habiéndole oído Maria Santi-
sima, le dijo así:

—Síbete, hijo mío, muy querido,
que soy yo la siempre Virgen Ma-
ria, Madre del verdadero Dios, Au-
tor de la vida, Creador de todo y
Señor del cielo y de la tierra, que
estás en todas partes; y es mi deseo
que se me labre un templo en este
sillo, donde, como Madre piadosa
tuya y de tus semejantes, mostra-
ré mi clemencia amorosa, y la com-
pasión que tengo de los natura'es
y de aquellos que me aman y bus-
can, y de todos los que solicitan
mi amparo, y llamen en sus tra-

bajos y aflicciones; y donde oiré sus
lágrimas y ruegos, para darles con-
suelo y alivio: y para que tenga
efecto mi voluntad, has de ir á la
ciudad de Mexico, y al palacio del
Obispo, que allí reside, á quien di-
rás que yo te envío, y cómo es gus-
to mio que me edifique un templo
en este lugar; le referirás cuanto
has visto y oído; y ten por cierto tú,
que te agradeceré lo que por mí hi-
cieres en esto que te encargo, y te
asamaré y sublimaré por ello: ya
has oído hijo mío, mi deseo; vete en
paz, y advierte que te pagaré el
trabajo y diligencia que pusieres; y
así harás en esto todo el esfuerzo
que pudieres.

Postrándose el indio en tierra,
le respondió:

—Ya voy, nobilísima Señora y
dueño mío, á poner por obra tu
mandato, como humilde siervo tu-
yo: quédate en buena hora.

Habiéndose despedido el indio
con profunda reverencia, cogió

la calzada que se encamina á la ciudad, bajada la cuesta del cerro que mira al Occidente. En ejecución de lo prometido, fué via recta Juan Diego á la ciudad de México, que dista una legua de este paraje y montecillo, y entró en el palacio del Señor Obispo: era é te el Ilustrísimo Señor D. Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del Señor Obispo, comenzó á rogar á sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle; no le avisaron luego, ora porque era de mañana, ó porque le vieron pobre y humilde; obligáronle á esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegando á la presencia de su Señoría, hincado de rodillas, le dió su embajada diciendo: *que le enviaba la Madre de Dios, á quien había visto y hablado aquella madrugada: y reñ-*

rió todo quanto había visto y oído, según que dejamos dicho. Oyó con admiración lo que afirmaba el indio, extrañando un caso tan prodigioso; no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó, ni le dió entera fé y crédito, juzgando que fuese imaginación del indio, ó sueño; ó temiendo que fuese ilusión del demonio, por ser los naturales recién convertidos á nuestra sagrada religión; y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que había referido y le halló constante, con todo, lo despidió, diciendo, que volviese de allí á algunos días, porque quería inquirir el negocio á que había ido, muy de raíz, y le oiría más despacio, por informarse (claro es) de la calidad del mensajero y dar tiempo á la deliberación. Salió el indio del palacio del Sr. Obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le había da-

do entera fé y crédito, quanto por no haber surtido efecto la voluntad de Maria Santisima, de quien era mensajero.

Segunda Aparición.

Volvió Juan Diego este propio dia sobre tarde, puesto el sol, al pueblo en que vivia, y á lo que se presume por los rastros que de ello se han hallado, era el pueblo de *Tolpetlac*, que cae á la vuelta del cerro más alto, y dista de él una legua, á la parte del Nordeste. *Tolpetlac* significa lugar de *esteras de espadaña*, porque seria en aquel tiempo única ocupación de los indios vecinos de este pueblo el tejer esteras de esta planta. Habiendo, pues, llegado el indio á la cumbre del cerrillo, en que por la mañana habia visto y hablado con la Virgen Maria, halló que le aguardaba con la respuesta de su mensaje: así que

la vió, postrándose en su acatamiento, le dijo:

—Niña mia, muy querida, mi Reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar con el Obispo, hasta después de mucho tiempo, habiéndole visto le di tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atención: mas á lo que vi yo en él, y según las preguntas que me hizo, colegí, que no me había dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez, para inquirir de mí más despacio el negocio á que iba, y escucharlo muy de raíz. Presumió que el templo que pides se te labre, es ficción mía, ó antojo mio, y no voluntad tuya: y así te ruego que envíes para esta una persona noble y principal, digna de respeto, á quien deba darse crédito: porque ya ves, dueño mio, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este nego-

cio á que me envías; perdona, Reina mia, mi atrevimiento, si en algo he excedido á el decoro que se debe á tu grandeza; no sea que yo haya caído en tu indignación, ó te haya sido desagradable con mi respuesta.

Este coloquio en la forma que se ha referido, se contenia en el escrito histórico de los naturales; y no tiene otra cosa mia, sino es la traslación del idioma mexicano en nuestra lengua castellana, frase por frase.

Oyó con benignidad Maria Santissima lo que le respondió el indio, y habiéndole oído le dijo así:

—Oye, hijo mio muy amado, sábete que no me faltan sirvientes ni criados á qui'n mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar; si quisiera, y que harian lo que les ordenase; mas conviene mucho que tú hagas este negocio y lo solicites, y por intercepción tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo: y

asi te ruego, hijo mio, y te ordeno, que vuelvas mañana á ver y hablar al Obispo, y le digas que me labre el templo que le pido, y que quien te envía es la Virgen Maria, Madre de Dios verdadero.

Respondió Juan Diego:

—No recibas disgusto, Reina y Señora mia, de lo que he dicho, porque iré de muy buena voluntad, y con todo mi corazón á obedecer tu mandato y llevar tu mensaje, que no me excuso, ni tengo el camino por trabajo; mas quizá no será acepto ni bien oído, ó ya que me oiga el Obispo, no me dará credito; con todo, hare lo que me ordenas, y esperaré, Señora, mañana en la tarde en este lugar, al ponerse el sol, y te traere la respuesta que me diere; y asi queda en paz, alta niña mia, y Dios te guarde.

Despidióse el indio con profunda humildad, y se fué á su pueblo y casa. No se sabe si dió noticia á su mujer ó á otra per-

sóna de lo que le habia sucedido, porque no lo decia la historia; sino es que confuso y avergonzado de que no se le hubiera dado crédito, no se atrevió á decirlo hasta ver el fin de este negocio.

En el día siguiente, domingo diez de Diciembre, vino Juan al templo de Santiago *Tlaltelolco* á oír Misa, y asistir á la Doctrina Cristiana, y acabada la cuenta que acostumbra los ministros evangélicos hacer de los feligreses naturales en cada parroquia, por sus barrios (que entonces era una sola, y muy dilatada la de Santiago *Tlaltelolco*, que se dividió despues en otras, cuando hubo copia de sacerdotes) volvió el indio al palacio del Sr. Obispo, en obediencia del mandato de la Virgen Maria; y aunque le dilataron mucho tiempo los familiares del Sr. Obispo el avisarle para que le oyese, habiendo entra-

do, humillado en su presencia, le dijo con lágrimas y gemidos, como por segunda vez habia visito á la Madre de Dios, en el propio lugar que la vió la vez primera; que le aguardaba con la respuesta del recado que le habia dado antes, y que de nuevo le habia mandado volver á su presencia á decirle que le edificase un templo en aquel sitio que la habia visto y hablado; y que le certificase como era la Madre de Jesucristo la que le enviaba, y la siempre Virgen Maria.

Oyóle con mayor atención el Señor Obispo, y empezó á moverse á darle crédito; y para certificarse más del hecho, le hizo diversas preguntas y repreguntas acerca de lo que afirmaba, amonestándole que viese muy bien lo que decia, y acerca de las señales que tenia la Señora que lo enviaba; y aunque por ellas

reconoció que no podía ser sueño ni ficción del indio, para asegurar mejor la certidumbre de este negocio, y que no pareciese liviandad el dar crédito á la relación sencilla de un indio plebeyo y cándido, le dijo: "que no era bastante lo que le había dicho, para poner luego por obra lo que pretendia; y que así le dijese á la Señora que lo enviaba, le diese algunas señas de donde cogiese que era la Madre de Dios la que lo enviaba, y que era voluntad suya que se labrase un templo." Respondió el indio "que viesse cuál señal quería, para que la pidiese." Habiendo hecho reparo el Señor Obispo, que no había puesto excusa en pedir la señal el indio ni dudando en ello antes sin turbación alguna había dicho que escogiese la señal que le pareciese, llamó á dos personas, las de más confianza de su familia, y hablán-

doles en la lengua castellana, que no entendia el indio, les mandó que lo reconociesen muy bien, y que se aprestasen luego que le despidiese, para ir en su seguimiento; y que sin perderlo de vista, y sin que él sospechase que lo seguian, con cuidado fuesen en pos de él, hasta el lugar que había señalado y en que afirmaba haber visto á la Virgen Maria; y que advirtiesen con quién habla, y le trajesen razón de todo cuanto viesen y entendiesen: hizose así conforme al orden del Señor Obispo. Despedido el indio de la presencia de Su Señoria, salieron los criados en su seguimiento, sin que él lo advirtiese, llevándolo siempre á los ojos. Luego que Juan Diego llegó á una puente por donde se pasaba el rio, que por aquella parte, y casi al pie del cerrillo desagua en la laguna, que tiene aquesta ciudad al Oriente, desapareció

el indio de la vista de los criados que lo seguian; y aunque lo buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte no lo hallaron; y teniéndolo por embaidor y mentiroso ó hechicero, se volvieron despechados con él; y habiendo informado de todo al Sr. Obispo, le pidieron que no le diese crédito y que le castigase por el embeleco, si volviese.

Tercera Aparición.

Luego que Juan (que iba por delante á una vista de los criados del Sr. Obispo) llegó á la cumbre del cerrillo, halló en él á Maria Santisima, que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia le dijo, "cómo en cumplimiento de su mandato, habia vuelto al Palacio del Obispo, y le habia dado

"su mensaje; y que después de varias preguntas que le habia hecho, le dijo no era bastante su simple relación, para tomar resolución en un negocio tan grave, y que te pidiese, Señora, una señal cierta, por la cual conociese que me enviabas tú, y que era voluntad tuya que se te edificase templo en este sitio." Agradecióle Maria Santisima el cuidado y diligencia con palabras cariñosas; y mandó que volviese el dia siguiente al mismo paraje, y que allí le daria señal cierta con que el Obispo le diese crédito; y despidióse el indio cortesmente, prometida la obediencia.

Pasó el dia siguiente, lunes once de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecución lo que se le habia ordenado; porque cuando llegó á su pueblo, halló enfermo á un tío suyo, llamado Juan Bernardino.

à quien amaba entrañablemente,
 y tenia en lugar de padre, de un
 accidente grave, y con una fie-
 bre maligna, que los naturales
 llaman *Coccoltzli*; y compadecido
 de él, ocupó la mayor parte del
 día en ir en busca de un médico
 de los suyos, para que le aplica-
 se algún remedio: y habiéndole
 conducido à donde estaba el en-
 fermo, y hechosele algunas me-
 dicinas, se le agravó la enferme-
 dad al doliente; y sintiéndose fa-
 tigado aquella noche, le rogó à
 su sobrino que tomase la madrug-
 gada antes que amaneciese, y
 fuese al convento de Santiago
Flateloico à llamar à uno de los
 religiosos de él, para que le ad-
 ministrase los Santos Sacramen-
 tos de la Penitencia y Extrema-
 Unción, porque juzgaba que su
 enfermerad era mortal. Cogió
 Juan Diego la madrugada del día
 martes 12 de Diciembre, cami-
 nando à toda diligencia à llamar

uno de los sacerdotes y volver en
 su compañía por su guía; y así
 como empezó à esclarecer el día,
 habiendo llegado al sitio por don-
 de había de subir à la cumbre
 del montecillo, por la parte O-
 riente, le vino à la memoria el
 no haber vuelto el día antecede-
 nte à obedecer el mandato de
 la Virgen Maria, como había pro-
 metido; y le pareció que si llega-
 se al lugar en que lo había visto,
 había de reprenderlo, por no ha-
 ber vuelto, como le había orde-
 nado: y juzgando con su candi-
 dez, que cogiendo otra vereda,
 que seguia por lo bajo y falda del
 montecillo, no le veria ni deten-
 dria; y porque requeria para el
 negocio à que iba, y que desem-
 barazado de este cuidado, podia
 venir à pedir la señal que había
 de llevarle al Sr. Obispo: hizolo
 así; y habiendo pasado el para-
 je, donde mana una fuenteçilla
 de agua aluminosa, ya que iba

á volver la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima.

Cuarta Aparición.

Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro, para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con la claridad que la vió la vez primera, y díjole:

—*¿A dónde vas, hijo mío, y qué camino es el que has seguido?*

Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbación, postrado de rodillas:

—*Niña mía muy amada y Señora mía, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tienes el disgusto de lo que te dije. Sabe, dueño mío, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo, y mío, de un accidente grave y mortal; y porque se ve muy fatigado, voy de prisa al Templo de Tlateloleo*

en la Ciudad, á llamar un sacerdote, para que venga á confesarle, y olearle; que, en fin, nacimos todos sujetos á la muerte; y después de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer la mandato. Perdóname, te ruego, Señora mía, y ten un poco de sufrimiento, que no me excuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.

Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio y le dijo de esta suerte:

—*Oye hijo mío lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad ni otro accidente penoso ni dolor. ¿No estoy aquí yo, que soy tu madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mí cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas penas ni cuidado alguno de la enfermedad de*

tu tío, que no ha de morir de ese achaque; y ten por cierto que ya es tu sino (y fué así, según se supo despues, como se dirá adelante.)

Así que oyó Juan Diego estas razones, quedó tan consolado y satisfecho, que dijo:

—Pues envíame, Señora mía, á ver al Obispo y dame la señal que me diste para que me dé crédito.

Dijole Maria Santisima:

—Sube, hijo mio muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me has visto y hablado, y corta las rosas que hallares allí, y recógelas en el regazo de tu capa y traelas á mi presencia y te diré lo que has de hacer y decir.

Obedeció el indio sin réplica, no obstante que sabía de cierto que no había flores en aquel lugar, por ser todo peñascos y que no producía cosa alguna. Llegó á la cumbre, donde halló un hermoso vergel de rosas de castilla, frescas, olorosas y con rocío; y

poniéndose la manía ó tilma, como acostumbran los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella y llevólas á la presencia de la Virgen Maria, que le aguardó al pié de un árbol, que llaman *Cuanzahuatl* los indios, que es lo mismo que árbol de tela de araña ó árbol ayuno, el cual no produce fruto alguno y es árbol silvestre y solo da unas flores blancas á su tiempo; y conforme al sitio, juzgo que es un tronco antiguo, que hoy permanece en la falda del cerro á cuyo pié pasa una vereda, por donde se sube á la cumbre por la banda del Oriente, que tiene el manantial de agua de alumbre de frente; y aquí fué, sin duda, el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita imagen; porque humillado el indio en la presencia de la Virgen Maria, le mostró las rosas que había cortado: y cogiéndolas todas juntas

la misma Señora y aparándolas el indio en su manta, se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo:

—*Ves aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás, que por señas de estas rosas, haga lo que le ordeno; y ten cuidado, hijo, con esto que te digo; y advierte que hago confianza de tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa, sino en presencia del Obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora; y con esto le pondrás ántipara que ponga por obra mi templo.*

Y dicho esto, le despidió la Virgen Maria. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendria buen suceso, y surtiria efecto su embajada; y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar alguna, las venia mirando de rato en rato, gus-

tando de su fragancia y hermosura. (1)

Aparición de la Imágen.

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al pelacio episcopal; y habiendo rogado á varios sirvientes del Sr Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que abarcaba en su manta alguna cosa; quisieron registrarla y aunque resistió lo posible á su corteidad, con todo le hicieron descubrir con alguna escasez lo que

(1) Las rosas milagrosas sirvieron inmediatamente de señal á Juan Diego; y las rosas con la Imágen milagrosamente pintada, fuer n la señal que directamente la Virgen mandó al Santo Prelado.

llevaba: viendo que eran rosas, intentaron coger algunas viéndolas tan hermosas, y al aplicar las manos por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino vintadas ó tejidas con arte en la manta.

Dieron los criados noticia de todo al Sr. Obispo; y habiendo entrado el indio a su presencia y dándole su mensaje, añadió que llevaba las señas que le había mandado pedir á la Señora que lo enviaba: y desplegando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas, y se vio en ella pintada la Imagen de Maria Santísima, como se ve el día de hoy.

Admirado el Sr. Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas y con rocío, como recién cortadas, siendo el tiempo más riguroso del invierno en este clima, y (lo que es más) de la santa Imagen que pareció pintada en

la manta, habiéndola venerado como cosa celestial, y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desato al indio el nudo de la manta, que tenía atrás en el cerebro, y la llevó á su Oratorio; y colocada con decencia la Imagen, dio las gracias á nuestro Señor y á su glorioso Madre.

Detuvo aquel día el Sr. Obispo á Juan Diego en su palacio, haciéndole agasajo; y el día siguiente le ordenó que fuese en su compañía y le señalase el sitio en que mandaba la Virgen Santísima Maria que se le edificase Templo. Llegados al paraje señaló el sitio y sitios en que la había visto y hablado las cuatro veces con la Madre de Dios; y pidió licencia para ir á ver a su tío Juan Bernardino, á quien había dejado enfermo; y habiéndola obtenido, envió el Sr. Obispo algunos de su familia con él, ordenándoles

que si hallasen sano al enfermo, lo llevasen á su presencia.

Quinta Aparición.

Viendo Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles, y la honra que le hacian, cuando llegó á su casa, le preguntó la causa de aquella enfermedad; y habiéndole referido todo el progreso de sus males al Señor Obispo, y cómo la Virgen Santísima le había asegurado de su mejoría; y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le había dicho que estaba libre del accidente que padecía, afirmó Juan Bernardino, que en aquella misma hora y punto había visto á la misma Señora, en la forma que le había dicho; y que le había dado entera salud; y que le dijo "cómo era gusto suyo que se le edificase un Templo en el lugar en que su sobri-

no la había visto; y así mismo que su Imagen se llamase SANTA MARIA DE GUADALUPE;" no dijo la causa; y habiéndolo entendido los criados del Señor Obispo, llevaron a los dos indios á su presencia; y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad, y el modo con que había cobrado salud, y qué forma tenía la Señora que se la había dado; averiguada la verdad, llevó el Sr. Obispo á su palacio á los dos indios á la ciudad de México.

Ya se había difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudian los vecinos de la ciudad á el palacio episcopal á venerar la Imagen. Viendo, pues, el concurso grande del pueblo, llevó el Señor Obispo la Imagen Santa á la Iglesia mayor, y la puso en el altar, donde todos la gozasen, y donde estuvo mientras se le edificó una ermita en el lugar que había señalado el indio, en que se

colgó después con procesión y fiesta muy solemne.

Eta es toda la tradición sencilla, y sin ornato de palabras; y es en tanto grado cierta esta relación, que cualquier circunstancia que se añada, si no fuere absolutamente falsa, será por lo menos apócrifa: porque la forma en que se ha referido, es muy conforme a la precisión, brevedad y fidelidad con que los naturales cuerdos e hiseoriadores de aquel siglo escribían, figuraban y referían los sucesos memorables.

El motivo que tuvo la Virgen para que su Imágen se llamase de Guadalupe, no lo dijo; y así no se sabe, hasta que Dios se sirvió de declarar este misterio.

Hasta aquí llega la tradición primera más antigua y más ilustre.



1080096215

®



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

005